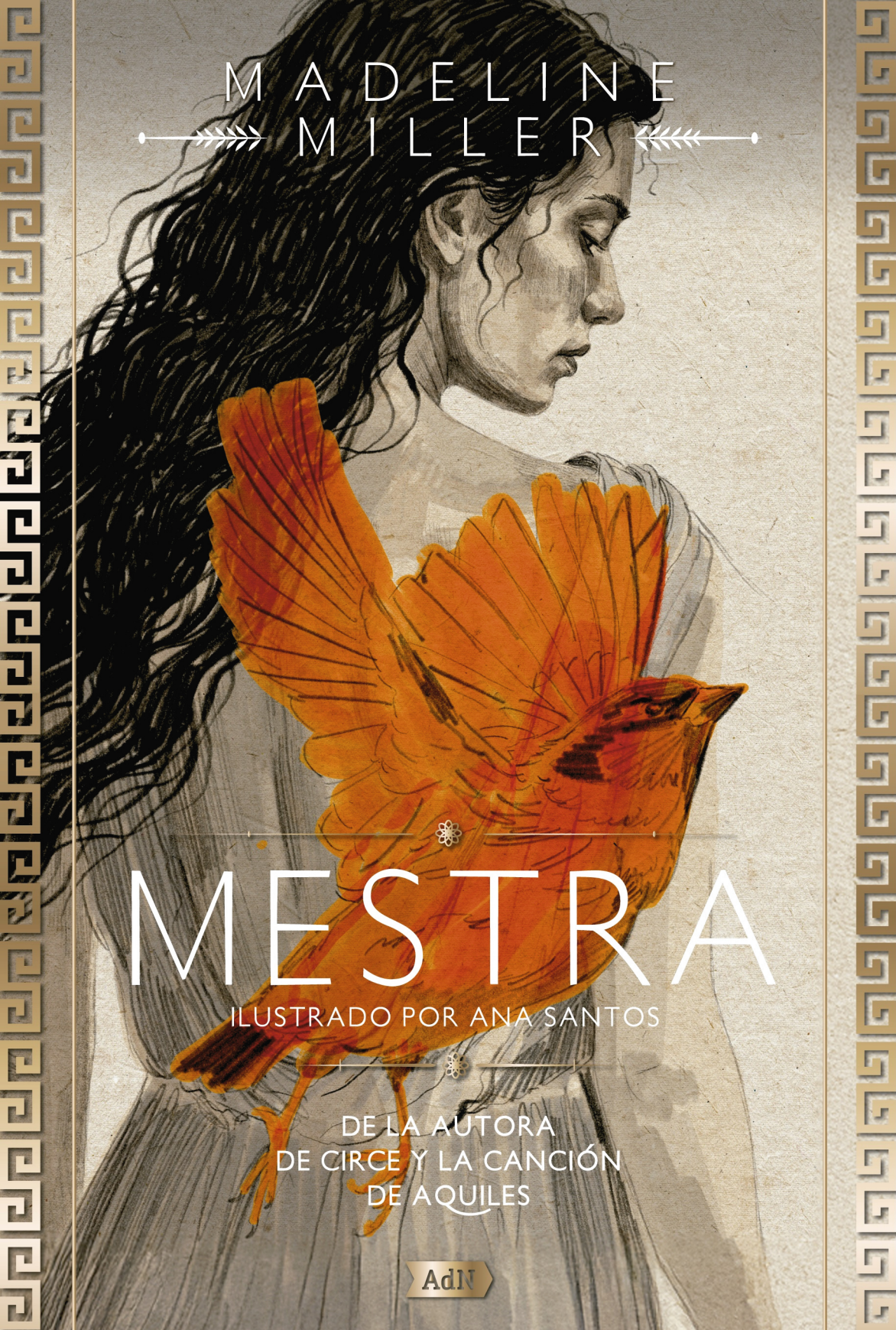

MADELINE MILLER
MESTRA
ILUSTRADO POR ANA SANTOS
DE LA AUTORA
DE CIRCE Y LA CANCIÓN
DE AQUILES
AdN



MADELINE MILLER

MESTRA

Ilustraciones de Ana Santos

Traducido del inglés por José Miguel Pallarés

AdN



El hombre dijo que era mercader. Se había enterado de la aflicción de mi padre y podía aliviarlo de mi carga, siempre y cuando yo hiciera lo que se me ordenase.

—Lo hará —aseguró mi progenitor.

—¿Tiene quince años? ¿Y es virgen?



Mi padre se envaró, pues seguía siendo un rey, por muy venido a menos que estuviera.

—Por supuesto.

De modo que me vendió a aquel individuo por siete gallinas asadas. En un principio habían acordado diez, pero el mercader era astuto y, cuando regresó aquella tarde con ellas, las trajo recién hechas en una cesta, y su olor inundó la estancia. Pude oír cómo mi padre descoyuntaba las gallinas mientras el comerciante se me llevaba con el velo puesto. No iba a haber una boda formal, ya que mi progenitor no tenía dinero para celebrarla. Y, de todos modos, en realidad yo distaba mucho de ser una esposa.

El velo no era más que un retal de un vestido viejo, tan desgastado por el uso que podía ver a través de él. El hombre me aferró por el brazo al salir del palacio, como si pensara que iba a huir. Pero yo me hallaba casi tan hambrienta como mi padre y enferma de pena por los dos.

—Por favor, padre —le había implorado—. Déjame quedarme y ayudarte.

Él negó con la cabeza bruscamente.

—Así es como más puedes ayudarme.

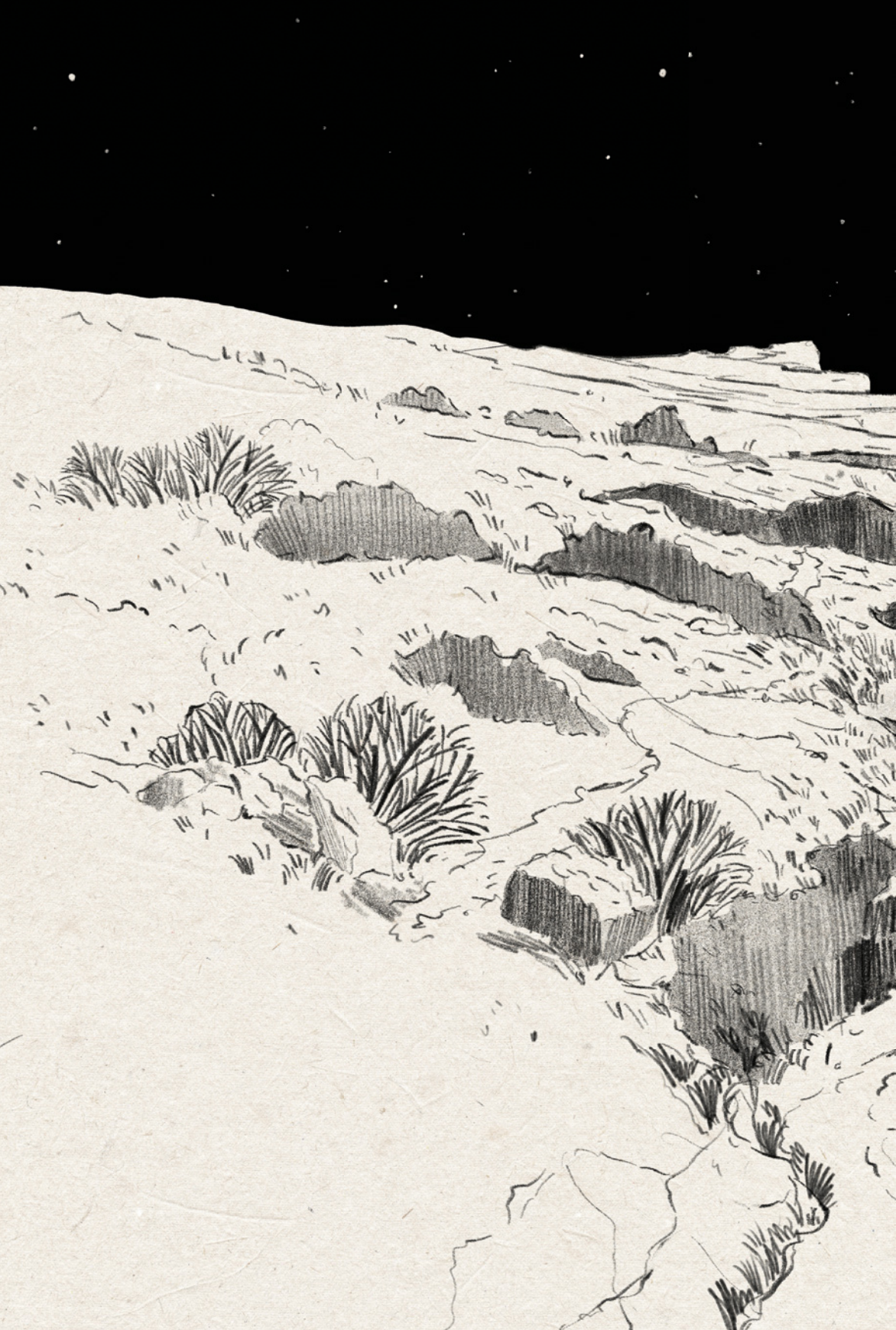
El carro del comerciante estaba vacío y tenía la parte de atrás astillada. El caballo mostraba la cruz llena de cicatrices y una pezuña trasera agrietada. De un empujón, el mercader me hizo sentarme en el asiento.

—Siete gallinas —me dijo—. Más vale que merezcas la pena.

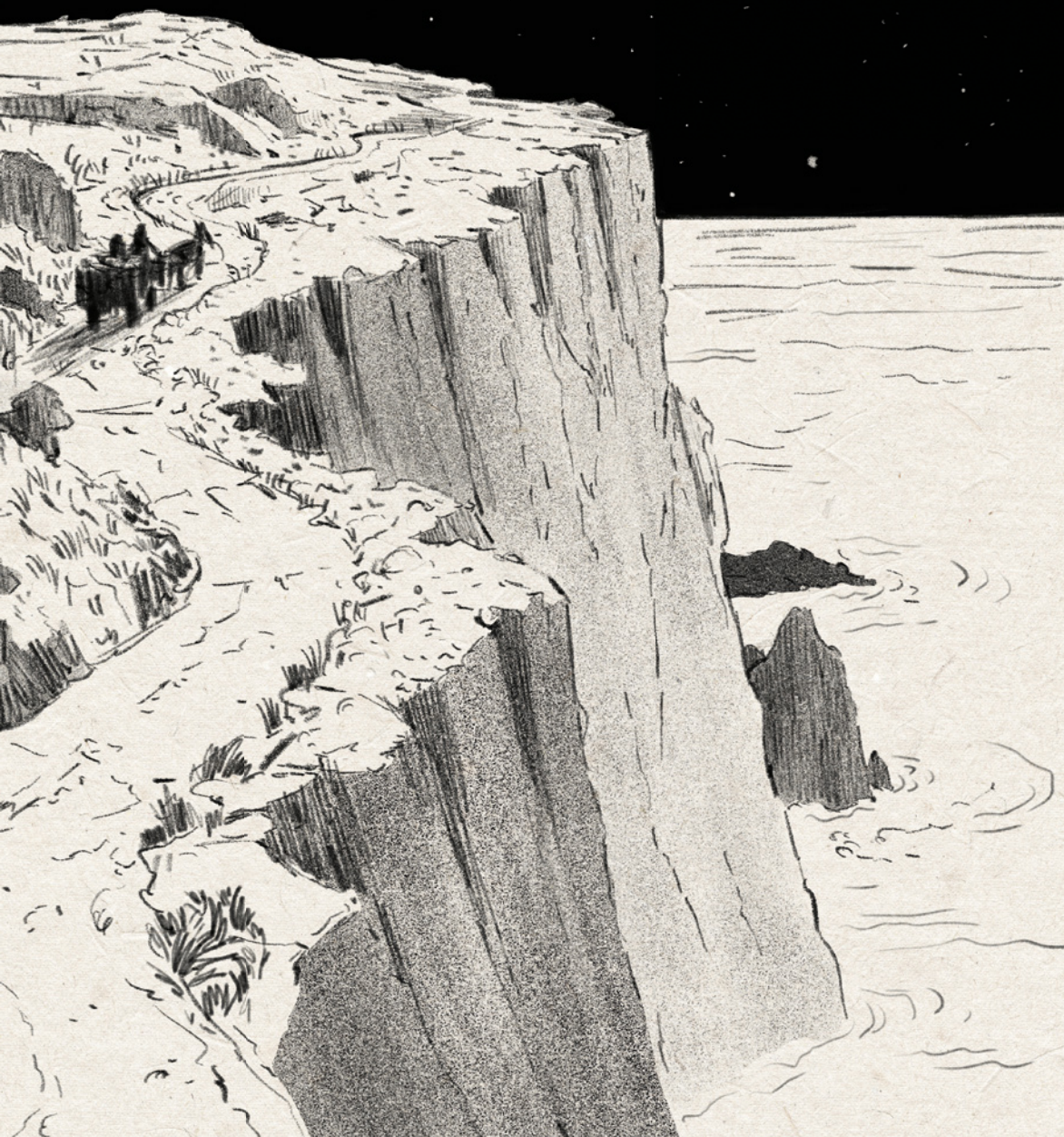


Pude oler el tufo de su aliento incluso a través del velo. Le había visto, al menos, un diente renegrido. Era de la misma estatura que mi padre, pero más corpulento, por supuesto. Ignoraba dónde vivía, si íbamos a recorrer un par de kilómetros o cien.





La carreta traqueteó por el camino polvoriento. Pasamos frente a los acantilados grises que se alzaban sobre el mar y ante el sendero que serpenteaba junto a ellos hasta la caleta. Había amado aquel lugar desde niña.





Cuando comenzó la desgracia de mi progenitor, tras la desbandada de la servidumbre, después de que se hubiera comido todos los animales y vendido todas nuestras pertenencias, mi consuelo consistía en sentarme allí a contemplar el piélago.

El oleaje me parecía lo único de nuestra vida que permanecía inalterable. A veces los pescadores llegaban a la orilla y yo les suplicaba que me diesen un poco de pescado para mi padre.

Había acudido una tarde, tres meses atrás. Era mi momento preferido del día, cuando el sol teñía el mar de oro. Allí fue donde me halló el dios. Emergió de entre las olas y me tomó con ambas manos.

Después se había erguido ante mí, imponente y rodeado de un brillo cegador, con el tridente en la mano. Me había mordido el labio hasta hacerme sangre y el cuerpo, lleno de cardenales, me dolía. Cuando me apresó por primera vez, tuve un momento de insensatez en el que intenté resistirme. Pero no se puede luchar contra una divinidad.

—Pronto alumbrarás un hijo que te hará feliz.

Era apuesto, desde luego, con el pelo rizado por la sal y la barba cayéndole sobre el pecho como espuma marina. Me pregunté a cuántas jóvenes habría conocido, en cuántas playas. Y también cuántas de ellas habrían balbuceado las mismas palabras que yo:

—Me honráis, mi señor.

Regresó a sus olas y yo renqueé hacia casa. La piel se me amoró allí donde me había sujetado y durante un mes tuve una costra en el labio, pero ya no quedaba nadie para verlo, salvo mi padre, y, en su tormento, no se percató de nada.

Lo agradecí; al menos se le había ahorrado aquella nueva pena. Y pese a lo que había vaticinado la deidad, su semilla salobre no parecía haber arraigado en mi interior después de todo. Hacía meses que no tenía el periodo, desde que se agotaron las últimas provisiones.

Así pues, ya no era virgen. No sabía qué me aterrorizaba más: cómo iba a enterarse aquel hombre o qué me haría cuando lo supiera. Por primera vez, deseé estar encinta del dios para que pudiera ayudarme. Ante ese pensamiento repentino, extendí las palmas de las manos.







—Sacudidor de la Tierra —susurré—, Poseidón. Salva a quien te complació. Porque este hombre me matará cuando descubra que no soy lo que él cree, y entonces mi padre se quedará solo. Por su bien, ayúdame.

—Deja de murmurar —me espetó el mercader.

—Estoy rezando —le respondí—. Poseidón me ha concedido su favor.

Soltó una carcajada, un sonido viscoso como el chasquido de las articulaciones de una gallina.

—Si esto es lo que entiendes por su favor, necesitas otro patrón.

Me alegré de que hubiera un velo entre nosotros, por fino que fuera. Sentía el pecho helado y lastrado con piedras. Era cierto, no iba a haber ayuda alguna. Mi progenitor moriría solo, y a mí me engulliría aquel individuo de boca podrida.

«Debería haberme hecho un corte en la cara», pensé. «Debería haber fingido que estaba loca o que era idiota». Pero aquello no habría cambiado nada. A juzgar por su carro y su caballo, a aquel hombre no le importaba usar cosas rotas.

Para entonces, el frío ya se me había metido en el cuerpo; temblaba incluso a pleno sol. Sentía la carne como si fuera un abrigo que llevaba puesto.

El mercader detuvo la carreta para orinar. El terreno circundante, una extensión de matorrales y rocas, era llano y reseco. Forcejeé con torpeza para retirarme el velo. Los dedos no parecían míos de tan hinchados como estaban, y tenía la garganta obstruida por el polvo.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

—No puedo respirar —logré articular.

Mi voz sonó áspera y pastosa. Pensé que iba a desmayarme del mareo. Me llevé la mano a la cara y solté un chillido. Había en ella algo hirsuto y tosco. Tiré con fuerza y volví a gritar; lo tenía adherido a la mejilla y me arañaba la piel.

El mercader vociferaba, pero yo era incapaz de oír lo que decía. Alcancé a ver mi otra mano, grande y con los dedos cubiertos de pelo negro. Bajé la mirada hacia mi regazo. El vestido había desaparecido; en su lugar apareció una túnica y unas enormes rodillas encallecidas, también pobladas de vello.

—¿Qué te ocurre? ¡Contéstame! ¿Dónde está la chica?

El frío empezaba a remitir. Me palpé de nuevo la barba para asegurarme. Me froté la cabeza; en la coronilla no había más que piel desnuda. Flexioné los dedos encallecidos de los pies.

—¡He preguntado dónde está la chica! ¡Me pertenece!

Alcé la vista hacia su rostro colérico.

—Soy yo —respondí con mi nueva voz.

—¿Qué?

—Yo soy la chica —declaré. Me puse de pie. Ahora lo superaba en altura.

—Es un truco —dijo, pero tenía los ojos desorbitados. Había hablado a la ligera de Poseidón y ahora se estaba acordando de que se había burlado de nosotros.

—Te advertí de que gozaba del favor del dios.

El hombre desvió la mirada hacia el látigo colocado sobre el asiento, como si pensara en asirlo. De modo que me adelanté y lo cogí. Me asombró lo liviano que me resultaba y lo bien que se amoldaba a mi mano.

—Le diré a mi padre que has cambiado de parecer. Coge tu carro y vete.

Quiso discutir y apretó los puños. Había pagado siete gallinas por una muchacha débil y delgada que solo contaba con su virginidad y su obediencia. Ahora yo era otra cosa.

Bajé de un salto. Él trepó al pescante y se marchó.



Nunca antes había andado por un camino. Las únicas mujeres que caminaban solas eran las ancianas, que contaban con cierta salvaguarda porque podían ser brujas capaces de maldecir a quienquiera que las importunara. Pero ahora yo era un hombre alto y robusto, y tenía un látigo, aunque no supiera cómo usarlo. Lo enrollé como había visto hacer a nuestro viejo mozo de cuadra y lo enganché al cordel que me servía de cinturón. Recordé cómo balanceaban los brazos al caminar los jornaleros que habían trabajado para mi padre. Intenté andar y bracear igual que ellos.

No sabía si era por la euforia tras mi liberación o por la fuerza de mi nuevo cuerpo, pero avanzaba a grandes zancadas, con más energía de la que había sentido en meses. No podía dejar de tocarme el rostro, la mandíbula robusta con su barba encrespada. Me arranqué un pelo y se me llenaron los ojos de lágrimas por lo mucho que me dolió. «No es de extrañar», pensé al mirarlo: el vello era grueso y espeso. Me gustaba su brillante negrura. Tenía las orejas grandes y carnosas, y los hombros musculosos. Era capaz de levantar una roca y llevar a cuestas una oveja. Escudriñé la oscuridad de mi túnica. Mi piel desprendía un olor cálido y penetrante. Mi vientre sobresalía, y podía reposar una mano en él. Resultaba extraño haber dejado de tener hambre.

